

De rara avis a pieza circunstancial



Eduardo COCA VITA
Cazador y escritor

Para un cazador de estepa y jarales como yo, escribir de la chocha –ese nombre y el de chochaperdiz se emplean en mis pagos– es un desafío completo, sólo aceptado por la honra que me dispensa **Florencio Markina** invitándome a participar de nuevo en el anuario *accazadores* de ACCA, dedicado este año a la becada. Me preocupa que asumir el reto me envalentone hasta la temeridad, con legitimación de mis seguidores críticos para despacharse a gusto conmigo. Espero ser prudente y no merecer otros calificativos. En ello estoy.

Cuando yo era muy niño y los domingos, ya desde media tarde, esperaba impaciente la vuelta de mi padre para registrar su zurrón, sólo de higos a brevas había en él una chochaperdiz. Era infrecuente, insólito más bien, que alguien en su cuadrilla matara estas extrañas aves (y solamente cuando cazaban en la sierra, jamás en la otra parte del término municipal). Tan rara era la cosa que se comunicaba a familiares y amigos, enseñándoles el bicho mientras les preguntabas si lo habían visto antes, cómo se llamaba, etc., haciendo a la vez simulación del movimiento, vuelo y picoteo de tan singular espécimen con las manos cogidas a sus



alas y patas. Se les explicaba el porqué del largo pico, insistiendo en su costumbre de clavarlo en tierra blanda y húmeda buscando lombrices, gusanos y jugos. Se justificaba, en fin, su plumaje oscuro por el necesario camuflaje entre las matas. Aclaraciones de pararse en el suelo y no en los árboles, completaban la información facilitada a quienes reconocían no saber nada de tan exótico pájaro ante el afortunado poseedor de un animal muy poco visto.

Mi niñez, juventud y madurez transcurrieron sin la oportunidad de matar una chocha. Más aún, nunca la pude tirar. En contadísimos casos se dio el de que lo hiciera algún compañero de partida. Y en menos casos aún el de que le acertara. Han tenido que pasar años y años para que esa “rareza” –sólo quebrada de tarde en tarde por un tropiezo al azar– haya quedado en “infrecuencia”. Diría que no más de diez años hace de la alteración de la situación, sin perder por ello su excepcionalidad: que desde hace menos de tres lustros haya podido ver en el coto de mi sociedad cómo de vez en cuando iba al montón alguna chocha, no significa que suceda cada veda, ni mucho menos. Más todavía: ni a una por año salimos, y eso que a veces se mataron en el mismo dos. Siempre, por supuesto, en los sardones que dan al lado norte de los dos cerrillos que adornan el cazadero como si de dos turgentes y armónicos senos se tratara.

A lo que digo, válido para mi peña en la última década, añado que mi experiencia particular con las chochas no ha cumplido ni tres años. A lo máximo cuatro, si admito que unas situaciones confusas, entonces no reconocidas como tal por mi ignorancia, pudieran haber sido lances desaprovechados con la especie. Aunque parezca increíble, hasta los 60 de edad (tanto como decir medio siglo cazando) no me salió una chocha a tiro. Fue en un terreno de mi propiedad, donde también han tenido esa experiencia mi hijo Yete y mi sobrino Juan. Primero, en una ladera umbrosa de no mucho porte; luego en tramos frescos de un arroyo de fresnos, tamujos y otra vegetación ampulosa. De allí, unas veces estando de caza menor y otras yendo de mayor, se han levantado becasas espontáneamente o asustadas por los perros. Varias de ellas, al ir con escopeta, han sido tiroteadas. Algunas, pocas, derribadas. Personalmente he disparado a cinco o seis, quedándome con dos (por cierto, pese al obstáculo de unos perros que, al no saber de qué se trataba, lejos de traerlas, las hociqueaban y movían, obligándome a hacer de cobrador, con la dificultad debida al color de la presa y el trabajo inherente al frondoso matorral del pelotazo).

Lo que cabe afirmar es que el descubrimiento de hace unas tres o cuatro

temporadas se repite como el reloj. Ya todos los años, hacia el salto de noviembre a diciembre, damos por segura la presencia de esta pieza singular, un aliciente más en finca de poquísimas caza menor, donde lo más abundante resulta ser la perdiz y nunca se pasa de una por media docena de hectáreas (sin reparar, claro, en las que se llevan las zorras, abundantes y no controladas).

La expresión “pieza circunstancial” es de Delibes (p. ej., en el capítulo con que cierra *El último coto*), que también la aplica a torcaces y otras cuando no se va ex profeso a ellas. Y es lo que me ha servido para recordar rancias lecturas de antaño en los diarios del inefable maestro, indiscutible número uno de las letras y la caza, mi admirado Miguel Delibes. Así, en algunos de los capítulos del citado libro especialmente dedicados a los hábitos de la chocha (también los castellanos usan ese nombre), achaca el cambio de sus zonas y extensiones al trastorno del tiempo, llamado mundialmente “cambio climático”. Para quienes crean que el fenómeno es de hoy, ahí están los apartados *Las chochas* (10-XII-89; pp.139/40 en la edición que yo manejo) y *El desconcierto de la becada* (30-IX-90; pp. 154/6



Eduardo Coca

en la misma edición). Cuestiona en ellos Delibes la movilidad de la sorda en fechas y áreas a causa de la modificación de condiciones meteorológicas en relación al momento y lugar, algo así como la locura del tiempo: llueve o no, hiela o no y nieva o no, a capricho y sin las reglas del pasado.

Hago más las experiencias y cavilaciones de don Miguel (hombre de letras y no científico) y las glosó aquí a mi modo, con su permiso y sin pretender usurparle un céntimo de propiedad intelectual, aunque cambiando el escenario de Castilla la Vieja por el de Castilla la Nueva (hoy Mancha). Porque, en efecto, parece que esta cabezuda migratoria de ojos protuberantes está haciendo suya la estada en los montes de La Mancha (y en los de Andalucía septentrional) en otoños lluviosos y suaves, cosa no recordada por esos parajes desde mi uso de razón visitando el campo manchego, de dura costra para hincar el pico cuando, además, lo cubren los hielos otoñales (que caen –o caían– “en los altos por los Santos” y “a los pies por san Andrés”).

Algo fundamental está variando el clima de España, al menos en su regu-

laridad secular como dice Delibes, para desconcierto de sordas, avefrías y otras aves de su condición, que pueden aterrizar en campos de roble, encina o alcornoque, no ocasionalmente, sino con asiduidad (si no en plaga –y ni siquiera en bandos–, tampoco como meros testigos aislados o mensajeros despistados), prueba de un suelo más mollar que antes, de una intemperie más bondadosa.

Trasmuto para mi tierra las conclusiones de Delibes, sentadas hace más de tres lustros, como solución que da al enigma quien nada entiende de Biología y Etología, pero está obligado a buscar explicación a lo que asume y medita como problema, por chico que parezca. Explicaciones que habrá que relacionar con el medio ambiente y ligar al desorden en las estaciones y al aumento de la temperatura media. En ello se ve envuelta la becada, ave metódica y supeditada que va adonde le empujan las circunstancias, invernando ahora también en Castilla-La Mancha y otras comunidades muy al sur de su patria de verdad.

De todo ello sólo podemos ser notarios certificadores, sin que algo quepa en nuestras fuerzas. Los efectos del sobado cambio del clima lo serán

también –lo están ya siendo– para la caza. Pero como no hay mal que por bien no venga, al menos en cuanto a esto toca, estoy encantado con los nuevos hábitos de la chocha, fruto de la moderna meteorología en cada lugar y época. De pronto me veo con un aliciente más, con una inesperada pieza antes borrada de mi lista. Bendito Dios que me trae a la vejez la ilusión de lo novedoso en mis ratos de caza. Cuando voy a Ruilobo por noviembre/diciembre, llevo la cabeza en las chochas más que en las perdices. Y, buscándolas con ahínco, pateo sus querencias confiado en descubrirlas. Pospongo así en mis recorridos los buenos pasos para la perdiz por los mejores para la chocha. Ya ahora, cuando esto escribo, a principio de noviembre, me entra el deseo de que llegue el día. Y me veo en la umbrihuela, en el arroyo divisorio y en la umbría grande deseando que se arranque una chocha y ser capaz (hábil, más bien) de descolgarla. La guinda la pondrían *Blanca, Pinta o Vega* si rompieran su inercia y se lanzaran a traérmela como si de perdiz, paloma u otra pieza ordinaria se tratara. Y, si las cosas siguen como van, no desespero de verlo. ■

